

Instituto de Educación Superior N° 28 Olga Cossettini

Una comunidad de lectores y escritores
Antología literaria

Textos presentados en el contexto del Festival de música y literatura organizado por los integrantes del proyecto "Lectura y Escritura en comunidad: Hacia la formación de una comunidad de lectores y escritores"

Coordinación
Silvia Rivero
Renata Bacalini

Instituto de Educación Superior N° 28
Olga Cossettini



Una comunidad de lectores y escritores

Antología literaria

Una comunidad de lectores y escritores

Antología literaria

Coordinado por: Silvia Rivero y Renata Bacalini



Instituto de Educación Superior N° 28
Olga Cossettini

Una comunidad de lectores y escritores : antología literaria / Andrea Ocampo... [et al.] ; compilación de Renata Bacalini ; Silvia Rivero. - 1a ed. - Santa Fe : Ministerio de Educación de la Provincia de Santa Fe. Instituto de Educación Superior N° 28 Olga Cossettini, 2023.
55 p. ; 21 x 15 cm.

ISBN 978-987-8909-61-5

1. Antología Literaria Argentina. I. Ocampo, Andrea. II. Bacalini, Renata, comp. III. Rivero, Silvia, comp.
CDD A860

Una comunidad de lectores y escritores. Antología literaria

Primera edición

ISBN 978-987-8909-61-5

Esta obra se pudo publicar gracias al financiamiento otorgado por el Instituto Nacional de Formación Docente en el marco del Programa “Nuestra Escuela” en la convocatoria nacional “Formando Docentes, ampliando la participación estudiantil”.

Diseñadora de tapa: Ariela Nicoli

Maquetación: Renata Bacalini

Instituto de Enseñanza Superior N° 28 Olga Cossettini – 2023
Sarmiento 2902 - Rosario, Santa Fe, Argentina.

Tel: (+54) 0341 4728676

<https://iesoc.edu.ar/>



Autoridades

Instituto de Enseñanza Superior N° 28 Olga Cossettini

Rectora

Trad. Bárbara Nale

Vicerrectores

Prof. Pamela Dahlquist

Prof. Juan Matías Lobos

Regente

Lic. Florencia Viale

Consejo Directivo

Consejeros y consejeras docentes

Prof. Saluzzo, Edita

Prof. Zanarini, Diego

Prof. Ruggeroni, Carlos

Prof. Cahué, Mariana

Prof. Mori, Rosalia

Prof. Coccino, Marcelo

Prof. Gauna, Daniel

Prof. Stilling, Damian

Consejeros y consejeras graduados

Prof. Luisina Valacco

Prof. Cristian Sebastiani

Consejeros y consejeras estudiantes

Frontini, Paula

Giordano Mauricio
Lomanto, María Victoria
Monsanto, Iván
Pesce, Daiana
Racca, Arlene

Jefes y jefas de departamentos de grado

Departamento de Ciencias de la Educación: Prof. Gerardo Salemi
Departamento de Física: Prof. Gustavo Di Lorenzo
Departamento de Francés: Prof. Mariángeles Torcetta
Departamento de Historia: Prof. Marcos Grubisic
Departamento de Inglés: Prof. Edita Saluzzo
Departamento de Lengua y Literatura: Prof. Silvia Rivero
Departamento de Matemática: Prof. Mariana Cahué
Departamento de Traductorado: Prof. Andrea Masset

Jefes y jefas de departamentos Transversales y Verticales

Campo de la Formación General: Prof. Paula Marini
Capacitación Pedagógica para Graduados no Docentes: Prof. Camila
Carlachiani
Capacitación, Perfeccionamiento y Posgrado: Prof. Cecilia Pacenti
Extensión: Prof. Clara Benitez
Investigación y Publicaciones: Prof. Natalia Massei
Trayecto de la Práctica: Prof. Julia Osella

Prólogo

A menudo, la lectura y la escritura han sido pensadas como actividades realizadas en soledad, absoluta intimidad e incluso ocultas. Sin embargo, escribimos para ser leídos, en diálogo con un Otro individual y/o colectivo. Y leemos lo escrito por un Otro, comentamos lo que leemos. Leemos en voz alta frente a un micrófono abierto, les leemos a nuestros niños en el ámbito del hogar o a nuestros alumnos en el espacio áulico. Les mostramos a nuestros amigos lo que escribimos, participamos en talleres de lectura y/o escritura: construimos comunidad.

El proyecto *Lectura y Escritura en comunidad: Hacia la formación de una comunidad de lectores y escritores*, seleccionado en la convocatoria nacional de proyectos de intervención educativa *Formando docentes, ampliando la participación estudiantil* del INFOD, en el marco de los 40 años de democracia en Argentina, sostiene esta mirada y apunta a crear, visibilizar y fortalecer los lazos de nuestra comunidad a través de la circulación democrática de la lectura y la escritura.

Buscamos que los diversos agentes de una institución - en este caso, estudiantes, docentes, administrativos, técnicos, asistentes del IES N°28 *Olga Cossettini*- se asuman como

escritores y lectores y se constituyan en una red para la circulación de sus producciones escritas y de discusión de su actividad lectora. La intención última es crear lazos entre los distintos agentes del Instituto y su territorio.

El proyecto estuvo coordinado por las profesoras Silvia Rivero y Renata Bacalini y los estudiantes del Profesorado de Lengua y Literatura del IES 28 *Olga Cossettini* Justina Morini, Theo Ciralo, María Fernanda Castellán, Mariana Montenegro, Ariela Nicoli y Rocío Filippini Cataldo.

La presente publicación tiene como objetivo propiciar un espacio para difundir las producciones -poemas y cuentos- generadas por la comunidad de lectores y escritores surgida en el contexto del proyecto. Por ese motivo, agradecemos a los y las estudiantes y docentes que se han sumado a la propuesta presentando sus textos que, antes de ser publicados, ya fueron socializados en la comunidad a partir de la concreción del Festival de Música y Literatura que se llevó a cabo el IES N° 28 el 27 de octubre de 2023.

La lectura y la escritura atraviesan nuestros espacios y nos permiten constituirnos como agentes activos en la circulación democrática del saber y del hacer y, a partir de las interacciones que planteamos desde nuestro lugar, impactar así en el tejido social.

Poemas

La muerte selló mi andar

Victoria Peyronel

Quise llorar y no pude,
Quise hablar y me callaron
Quise pensar y estaba prohibido
Sin embargo grité, y mi grito quebró la niebla,
Pero no la disipó...

Mi grito resonó en lo profundo como el eco de una felicidad pasajera
La tierra tembló y se estremeció al oírlo
Pero nadie más lo quiso oír

Mi grito derrumbó paredes
Me quisieron callar
Pero mi grito permaneció vivo
Y se multiplicó
Pronto fuimos miles y rompimos las cadenas

Pero el dolor no se va
Mi pecho se desangra en las penumbras de mi ayer
Me hallo vacío, sin rumbo alguno
Acosado bajo la sombra de mi pasado
Herido hasta en los huesos

Y te busco y me busco
Pero tú ya no estás
Y yo tampoco estoy
Soy sólo un muerto
Tratando de resucitar

Chica material

Andrea Ocampo

Cuarenta mil

ovocitos preparados listos ya.

Algunas perforaciones

primitivas en las orejas.

Un millón

de platos por lavar, secar y acomodar.

Muchos métodos depilatorios.

Un puñado de amistades varias.

Cien lunes de dietas empezadas.

Ocho horas extras

de alquiler de fuerza de trabajo.

Infinitas mamaderas tibias.

Decenas de amores posibles e imposibles.

Un poco de paciencia ante el destino.

Dos talles de diferencia.

Miles de consejos desoídos.

Últimas felicidades cosméticas.

Un pecado original.

Ninguna duda.

Ausente

Andrea Ocampo

Detrás de los pinceles
tu cuerpo de hombre sigue ausente.
En cambio,
el cuerpo femenino abunda. Hombros
redondos, senos descubiertos,
audaces caderas. Mujeres desnudas
en incómodas posturas. Sentadas,
con los brazos hacia arriba,
recostadas, el mentón
a un lado. Paradas. Muñecas.
Seres inertes. Carnes sin alma
inventadas por hombres que piensan
y luego existen.
Se arreglan el pelo,
se miran al espejo
con ropas que no terminan
de caer ni de subir. Obligadas
a sonreír en un escenario
que no les corresponde.
Solo es confiable el autorretrato
en materia de mujeres.

Consumo del Ser

Jorge Claudio De Zorzi Melo

Cuando te conocí me obnubilaste, me ofreciste diversidad de anécdotas y chismes sin sentido. Como un tonto me resignaba a verte, escuchar lo que proponías, y me daba pena cortar ese romanticismo absurdo que teníamos a diario. En confianza me recordabas épocas pasadas, viejas glorias musicales y amores ya olvidados.

En el día trataba de esconder esa pasión que sentía por no verte, pero en la noche me ofrecías un sin fin de aventuras y yo seguía sin poder resignarme a tu poder, tu luz me atrapaba, ofrecías tanto que mi ser solo podía ser pasivo ante tu esplendor. Al llegar a casa, y con solo tocarte me brindabas tu vida, me ofrecías el todo x la nada misma.

Una noche, luego de un día agitador decidí terminar la relación, solo te toqué y comenzaste a divagar entre cientos de ocurrencias todo lo que pasó en el día, en la ciudad, en el país, en el mundo, tenías demasiada energía para alguien tan aletargado como yo y a esta altura solo me creabas distracción.

Estaba decidido. No había vuelta atrás. Sabía que en algún momento íbamos a volver, o mejor dicho, volvería yo a buscarte. Te tomé del costado pulsé el botón apagar y decidí encerrarte en el cajón de mi mesa de luz.

Arañas

María Cecilia Micetich

Sueño con arañas blancas sobre mi cama.
La claridad del espejo refleja
el terror de una araña que se deja tocar.
Cuando duermo, me acaricia expectante.

Sueño y me visita con su bata de lunares.
Un andar que cosquillea
entre velos azulados y negros
en un patio de ajedrez al alba.

Allí juegan las hojas
como pequeñas arañas
arrastradas hacia el claroscuro del centro.

La noche es una espera,
un conjunto de abalorios que se trenzan
en progresiones de arrullos,
la continuidad de un sueño.
Una araña que se deja acariciar

Cromado brillante: nace el sonido en su plenitud

María Cecilia Micetich

Cromado brillante: nace el sonido en su plenitud
y resplandece la tácita presencia de un modo.
Atraviesa la escucha un trayecto infinito,
un eco adormecido, arrullando la octava maravilla, vibra...

Miradas que en combates, como silencios
titubean en el aura.

Recostada en la butaca percibo
que la noche se escurre, fugaz, en el horizonte
preservando la perenne transgresión de una pausa.

Este adagio es mi alféizar.
Lejano, desde otro ángulo,
el íntimo y oscuro centro:
un ápice clamando por ser solaz
en el dolor de las sombras.

Adobar la palabra, cocerla en su sonido transforma
el juego de mi escucha:
scherzo en el mar blanco.
Llama un trino y amanece.

Desafiar el tejido del nácar
es desahogo en el piano.
Un punto de fuga: la conversión hacia la página,
es un pilar para este momento frágil
que deviene en arte volviendo al silencio primordial.

Música de Cámara

María Cecilia Micetich

Cámara es la síntesis, es el viaje ritual del encuentro,
la idea sublime que asoma en el perfume
dulce de la pipa que nos mueve.

Una sonrisa nos convierte.

El gestar, comprender y hasta decir
coexisten en allegro, adagio y vivace:
las tres caras del hombre que se multiplica
infinitamente sobre un atril
en el espejo del arte.

Nueve es la cifra del espacio
que nos convoca a la plenitud;
también en la unidad de las derrotas
la música calla para volver a ser
otra vez fénix.

Y los ángeles se agrupan en el espacio nueve,
los nueve coros, las tríadas, la silla,
un piano y el cello: signos de perfección,
orden del desorden,
unidad de tres en el mundo.

Música de cámara:
descender nueve escalones que dominan
y multiplican los sentidos.
Mirarse,
un gesto para comenzar.

Estoy despierta

Antonela Sabella

4.Instrucciones para vivir una vida

Prestar atención

Sorprenderse

Contarlo

Mary Oliver

Aprender a escuchar

lleva tiempo,

mientras tanto

conviene

estar atenta

a las señales

que da el cuerpo.

Aprender del impacto

que genera

el encuentro con la noche

y la soledad.

Aprender a mirarme

en el espejo

y reconocermme.

Estimular el deseo,

enamorarme,

disfrutar del vino

y de bailar.

Conmoverme

hasta el último día.

No hay que pensar en el final

Antonela Sabella

Lo primero que miré
fueron tus zapatos,
después la naturalidad
de tus movimientos
en medio de un grupo de gente.
Te miré a la cara
y me viste,
pero no bajé la mirada,
esperé a que vinieras.
Hablamos de como el tiempo
vuelve todo rutinario,
de los cambios que trae
y de la fuerza que hace falta
para sostener los logros.
Pensamos lo mismo,
pero no lo dijimos
hasta mucho después:
seguro
fuimos algo en otra vida.
Esa noche tuvo el efecto
de las buenas películas,
trajo un cambio
que se siente
como cuando pasa
por la garganta seca
un vaso fresco de agua.
Algo dejamos
y algo nos llevamos,

sin querer adelantar el viaje
que vendría.
Tu gata se duerme a upa.
no me muevo,
no quiero que se vaya.
Tengo miedo
de hacer un mal movimiento
y quedarme solamente
con pelos en la ropa.
Observo tus facciones
huesudas y largas,
compartimos el sillón
escuchando un disco,
creo
que le estamos ganando
al tiempo

Voces del olvido

Ana Dragone

Voces retumban en sus cabezas
La violencia emana pestilencia
Las cadenas rompen el silencio
Del tugurio sale un cuervo
Y pega un graznido al cielo
Sangre gotea y mancha las heridas
El ácido corre por sus sistemas elípticos
Un casquillo rueda en el asfalto
Cae como un elefante y silenciamiento provoca
Las aves pican y comen la escena de la podredumbre
El horror ya deja de poseer un solo nombre
La caja boba de los hombres los vuelve deformes
Y en sus palacios sentados nos miran cuneiformes
Llanto y miserables vísceras se carcomen
Alaridos suenan a lo lejos y risas las cubren
Impunidad suelta anda como bestia inmensa
En su caparazón de duro metal que quema
La sangre va y viene formando mapas del destino
Y una vez más susurraban sus penas grises
Las voces del olvido que se vuelven miles
Ya no lloran, ya no callan, ya no están solas
Porque han encontrado el final del túnel en su destierro,
Y a la luz salieron a gritos sus historias
Que han nacido para ser contadas.

Migajas de tiempo

Carolina Cortelezzi

Las sobras de una noche acalorada,
Las aguas del tiempo en tu mirada,
Las gotas de oscuridad estrellada.

Los versos que me regalaste,
Los besos que me entregaste,
Los recuerdos que me dejaste.

Migajas son de la noche y el amante.

Desencanto

Ángela Pérez

Los colores
infunden
la ceguera.
Transmutan
el silencio
del exilio
que devela
al profeta
al apostador
la pérdida.

Desmemoria

Ángela Pérez

Un cuerpo inhóspito
sin nombre
ni fecha.

Piel sin sexo
ni huellas
de una sonrisa.

Indescifrable
como una hoja
que despide el otoño.

Volátil
como una sombra
que quema
de tan fría.

Advertencia

Ángela Pérez

Mis muertos
los míos
enterrados en mí
en mi tierra
me hablan
de comida
no de flores
de bebidas
no de velas
de cubiertos
no de cajones.
Me llaman a la mesa
para que no los olvide
cuando me alimento
del veneno ajeno.

¿Quién eres?

Irina Caretta

Mis ataques son cada vez más constantes,
Cada día es peor pero cuando estoy por colapsar te me pasas

por la cabeza

Todo desaparece, ¿quién eres morocha de ojos marrones? ¿de
dónde viene?

Tengo miedo de que cuando despierte de este sueño
desaparezca,

No eres mi primer amor ni el segundo

Pero contigo es diferente,
más intenso como si supieras que sentí lo mismo y no te
animas,

Es tonto, pero cuando estas en mi mente como en este
momento todo el resto desaparece

Y de algún modo una hora pasan a 5 minutos

Quién eres morocha de ojos marrones.

No puedo, ni quiero olvidarte

Irina Caretta

Eres justamente lo que deseaba, lo que anhelé tanto años, y
lo que nunca volveré a tener.

Te veo en los rostros de cada chica, en cada canción de Jay
Wheeler, te extraño y para hacerlo tengo más de mil razones,
que difícil esto de extrañarte, de llorarte sin lágrimas, de
imaginarte hasta dormida, de querer olvidarte y a la vez
recordarte.

Tengo el corazón hecho pedazos, los ojos húmedos y los
labios resecos, soy recuerdo, soy vacío, soy esa flor que
nunca más regaste.

No pretendo olvidarte, mucho menos dejar de amarte, si te
veo por las noches en la luna, y en el amanecer de mis ojos.

Pueden besarme muchos labios, pero sin lugar a dudas, mi
boca está hecha justo a tu medida.

Una parte de mí

Sofía Cavalanti

Qué complicado es vivir con ansiedad.

Ya está. Ya lo dije. O acaso, ¿eso no era lo que querían escuchar? Las personas piden mucho y hacen poco. Necesitan de vos, pero no saben cómo tratar a alguien que vive con miles de pensamientos por segundo, dentro de su cabeza, y se van multiplicando a medida que suceden las cosas.

Solo una situación, una solita; desata un mundo grande e incomprensible dentro de mi cabeza. No se imaginan lo que vivo. Lo que viven. Lo que vivimos.

Otra vez volvieron esos pensamientos, de esos que no me dejan conciliar el sueño. Que me quitan la libertad, no me permiten pensar con claridad, porque están ahí. Molestan. Agobian.

Vuelvo a estar en un círculo, girando siempre para un mismo punto. En un vaso, repleto de agua y con poco espacio para respirar, para salir a la superficie.

Los ojos me pesan. El cuerpo me pide a gritos que deje de guardarme los pensamientos, que por el amor a Dios, grite y grite en verdad; que quite todo dolor y por una vez, solo una vez... con los ojos cerrados y la música sonando de fondo, las lágrimas sean el “necesitaba esto” de mi vida.

La mujer-tierra

Lorena Morales

*Hablenle al río, hablenle al río
todavía hay mucha vida en el río*

nos decía una mujer que caminaba denunciando el terricidio
mientras señalaba yuyos en las veredas
y decía que eran sanadores
y que nosotros
en las ciudades
no conocemos ni el nombre.

La mujer de la tierra junto con otras
llevaba flores, semillas, cantos, abrazos
agradecía por cada alimento que recibía
con un beso sincero a la tierra
agradecía como siempre por cada cosa
apretándote las manos y diciendo:
que se te multiplique.

La mujer de la tierra hablaba sin apuro,
sin interrumpir nunca
su voz revelaba la paz de amaneceres en el monte
y el dolor de un desarraigo profundo.

¿Qué se puede hacer más que atestiguar,
llevar el mensaje, manifestar?

manus-festus
suelto con las manos, descargo a la tierra
intenciono el mundo que deseo
aquí y ahora
me pongo en marcha porque la intención sola

no alcanza.

¿Qué se puede hacer cuando no se decide?

Decido qué alimentos pongo en mi plato
con qué prendas me visto
cómo me alimento el alma
decido dar
mi testimonio.

Mani-festar
hacer mi defensa en público
se me acusa injustamente
toda esta destrucción no es mi culpa
¿o sí?

La mujer de la tierra caminaba denunciando
el llanto de sus hijas
porque los desarraigados habían decidido por sus cuerpos
porque los desarraigados tenían armas
y familia en el poder
y ella solo tenía manos verdes
y las recetas para sanar
que compartía mientras caminaba contándolo todo
en esos territorios donde nadie sabía
lo que pasaba.

La mensajera de la tierra
-ya no una sino miles-
comenzó a multiplicarse en todas partes
donde ponía los pies atestiguando
que nuestras heridas son las mismas

y que la única respuesta
es sanarlas
juntas.

Sin título

Lorena Morales

Árbol oxígeno
frescura refugio/ vida
no madera
fibra de papel
rompevereda
materia descartable
que molesta

Árbol hogar
elemental/ como el agua
Árbol abraza
presencia
fija/ sostén
Árbol raíz
limpia
cósmica clorofiluz

En las cuerpas
hay un árbol invertido
reflejo en el río de aquellos enraizados
tráquea-tronco, bronquios-ramas
alvéolos-hojas
cantando una canción a múltiples voces
que los pájaros sintonizan
o se escucha cuando el viento
les mueve las hojas.

Camino o destino

María de Luján Aleman

Hay veces que hay una idea en tu cabeza,
un deseo en tu corazón,
pero el mundo te dice que no es correcto,
que no lo conseguirás,
esos son los momentos en donde
te aferras más a tu instinto y luchas,
así es como lo logras.

otras veces el mundo te dice,
que podés lograr todo en la vida,
que estás para todo y más,
pero ahí está el otro problema,
el hecho que vos encuentres tu sueño,
el deseo por el que luchar

A VECES EL CAMINO EL DIFÍCIL,
OTRAS VECES ES DIFÍCIL
SABER CUAL ES LA META.

En memoria de Rojo

Celina Suligoy

Veo en sus ojos el fulgor latente,
sus pupilas abyectas entre el humo
y el cielo ceniciento,
un velo de neblina, cubre su pelaje,
fundido entre el clamor de la vida
diluyéndose en el aire,
como suspiro que se escapa lentamente.

¡Oh bellas alas desplegadas!

como manchas rojizas que el firmamento irrumpen,
recuerdo lejano, el de su canto de brisa estival,
el del brío de su enérgico andar,
cuando las nubes colmaban el cielo
y los árboles las acariciaban.

Añoro que se pierde en el lecho yermo, vacío,
en sábana terrosa tornado, en silencio perpetuo
sometido al yugo de las brasas.

Los ojos descreídos, miran alrededor.
Caen copiosas lágrimas de pesar,
aunque las manos cruzadas se ocultan
a orillas del Plata.

Deambulas de rama en rama,
buscando un fino haz de luz
entre la espera sombra, que todo lo devora;

claroscuros, ecos de los sauces
que lejos sollozan, un duelo que no cesa

ni frena su congoja.

El vuelo poco a poco se fatiga,
en la garganta del diablo,
las llamas se elevan como pérfidas murallas.
Magullada la tierra, sangrante permanece.

Pequeño pájaro carmín,
que hoy duermes entre los pastos secos,
no temas al olvido,
resabios del ayer quedan impregnados

aún, en la retina
de quien contempla el paisaje.

La mirada

Celina Suligoy

Muchas veces evoqué tu mirada,
esa, la perdida, la huraña,
encapsuladas tus pupilas se escondían,
tras las selváticas murallas,
y me iba en aquel pensamiento,
como quien busca quien sabe qué

En esas vagas memorias nadaba,
y divagaba entre los pliegues de un sinfín de ayeres,
dibujaba las honduras sinuosas de tu frente,
la llanura de tus manos,
la rugosidad de tu sien,
como rasgado manto de tigre

Y me iba de nuevo a tus ojos,
esos impertérritamente hundidos,
como fosas macilentas,
como profundas cavernas,

Y en sus caleidoscópicas pupilas,
una llamarada, una blanda y cristalina,
en ellas, el vestigio de un color se asoma,
el fulgor
de una vida clandestina

132 vidas

Victoria Peyronel

132 vidas, 132 agonías, 132 sueños robados y recuperados y la misma esperanza de siempre que una vez más se renueva. No fue en vano tanto sudor, tanto dolor, luchar contra la indiferencia y la desidia más absolutas, sufrir persecución, sentir las heladas manos del odio más puro e infame tocar a tu puerta y arrebatarte todo. Sentir que navegas en las aguas más profundas del abismo, de la soledad, de la desesperación. Nada pudo prepararte para esto madre, abuela, hermana. Nada ni nadie imaginó semejante atropello, semejante impunidad, semejante dolor infringido a lo máspreciado que tenías, al fruto de tus entrañas, a aquello que cuidaste con tanto esmero durante 9 meses y luego durante muchos años más. Ni el olvido de una sociedad que no te comprendió ni los manejos del poder que aplasta pudieron detener tu marcha, firme y segura hacia la “victoria”, hacia la justicia y la restitución de derechos que tanto pregonaste y que creaste con tus manos, esas mismas manos que ayer acariciaban a tu niño y hoy buscar desesperadas alcanzar un poco de luz.

132 vidas, 132 agonías, 132 sueños robados y recuperados por tu amor, por tu valor, por tu templanza. 132 motivos para creer, para confiar, para pensar que aún quedan esperanzas en medio de un mundo que constantemente nos las quiere robar. 132 nietos recuperados y una alegría que no se acaba.

Narrativa

El llanto de un bebé recién nacido

Agostina Alonso

Y de repente vi a ese niño nacer, salir de la panza de su madre donde había estado protegido por nueve meses y todo el horror vivido solo me hizo creer que allí estaba el sentido de la vida, en esas pequeñas cosas como el escuchar el llanto de un niño recién nacido, que hacen que nos demos cuenta de lo valiosa que es la vida. Mi nombre es Gisella Perl y esta es mi historia.

Saben, cuando estudiaba ginecología siendo una judía normal y corriente, cuando compartía tiempo con mi esposo, mis hijos y mis padres, cuando caminaba por la calle libre de todo prejuicio, cuando atendía a mis pacientes que buscaban en mí respuesta a sus incógnitas, jamás pensé que terminaría de la manera en que terminé. Cuando Hitler tomó posición de su gobierno e inició con su plan maestro de exterminarnos, ni siquiera en ese momento pensé que viviría todo lo que viví.

Hitler nos arrebató a mi familia y a mí de mi hogar, nos llevó a la fuerza a un campo de concentración donde nunca más los volví a ver, lloré cada noche porque me habían arrebatado mi vida, mis fuerzas, mi todo y aún así siguieron perpetuando crímenes. Tuve que ser médica en tres campos de concentración y tener la difícil tarea de detectar si una mujer estaba embarazada. Decían que era para identificarlas y así poder llevarlas a otros campos de concentración para que puedan nutrirse mejor, para que pueda su bebé desarrollarse mejor.

Un día, dentro de mis largas caminatas por el campo, tratando de olvidar el dolor vivido y haciendo como que nada estaba pasando, observé cómo a las mujeres que había informado de su embarazo las asesinaban.

Las que no iban a cámaras de gas las mataban con sus propias manos, con sus botines, pegándoles en la cabeza y en la panza, se las daban a los perros para que terminen su trabajo, las destruían, porque ya no les servían para el trabajo forzoso, ya no las necesitaban.

Ese día, decidí que ninguna mujer iba a quedar embarazada bajo mi mando, bajo mi supervisión. Siendo ginecóloga el trabajo de dar vida es fundamental, si siempre había soñado con traer bebés al mundo, pero este mundo no era el adecuado para nacer, no era el momento ni el lugar y si lo hacían acabarían con la vida de sus madres y no podía permitir que mueran los dos, tenía que salvarlas, tenía que ayudarlas. Tuve que generar abortos con embarazos muy desarrollados, tuve que ver morir entre mis manos a fetos con forma, con un desarrollo avanzado, tuve que hacer como que no me dolía verlos sufrir cuando si lo hacía, cuando me partía el alma la imagen.

Eran criaturas inocentes, que habían llegado en el momento menos indicado, que eran la condena de muerte de sus madres, que seguramente sus padres los hubieran amado si los conocían, que seguramente sus madres los anhelaban desde hacía años, pero que al salir al mundo exterior, si es que lograban hacerlo, se encontrarían con el infierno en su máxima expresión. Para Hitler éramos sus enemigos, la raza inferior que venía a tomar lo que les pertenecía, pero esos bebés, ¿qué culpa tenían? Esas cositas pequeñas que recién hacían contacto con el exterior ¿qué habían hecho para que los maten?

En 1.945 cuando es liberado el campo de concentración en el cual estaba desde hacía unos meses, estaba dando a luz a un bebé, el primer bebé judío que nacía en libertad, que nacía, que tenía vida y sin dudas eso me dio esperanzas, porque había tenido que matar a muchos bebés como él para salvar a sus madres, pero aquel niño judío nacía en libertad, con

su madre a su lado y con todas las mujeres que estábamos ahí muy felices. Éramos libres, pero mi tarea no había terminado.

Perdí a toda mi familia, Hitler se había llevado a mis padres, a mi amado esposo y a mi hijo, paradójicamente, ese genocida había tomado a mi bebé y entonces sentí lo que sintieron esas madres cuando yo les arrebatava a sus hijos, sentí culpa, sentí que podría haber hecho más, sentí que debería haber luchado por salvar a los dos, pero en ese momento tuve esas pocas herramientas para actuar y con los años aprendí que no cambiaría nada de lo que hice, puesto a que salvé vidas.

Solo quedó mi hija, mi pequeña, con la cual vivimos muchas aventuras. Fui acusada de asesina, querían mi cabeza en la corte tanto como la de Mengele, pero mi conciencia estaba tranquila, yo no había sido como aquel monstruo que me había ordenado exterminar a las embarazadas de los campos de concentración o el cual experimentaba con los prisioneros, yo había salvado a esas mujeres de las manos de aquel genocida, del verdadero asesino. Pero la gente tardó mucho en entender eso.

Terminé mi vida trabajando en fertilidad, trayendo a este mundo a más de 3.000 niños y niñas, que como aquellos que estaban en los campos de concentración merecían vivir, merecían tener una vida digna y recibir el amor de su familia, merecían poder estudiar, crecer, jugar, alimentarse, merecían que no haya un Hitler o un Mengele persiguiéndolos, asechándolos, tratando de acabar con su vida. Por eso, cada vez que entró al quirófano digo: **“Dios, me debes una vida, un bebé”**

Porque, aunque no fue Dios quien mató a esos bebés, a toda mi familia, a todos mis hermanos y hermanas de diferentes culturas, fue por creer en Él por lo que me llevaron a aquel campo de concentración, pero fue gracias a creer en Él por lo cual seguí luchando y traté de salvar todas las

vidas que pude. Por eso, cada llanto que escucho de un bebé recién nacido es una batalla ganada contra todo aquel mal que ellos han cometido.

Un destino escrito en las estrellas

Pablo Flores

Hace unos años, en un momento de zozobra, intenté escribir un cuento que tratara sobre una tierra imaginaria con la forma de esas leyendas o teorías conspirativas sobre la Tierra hueca, un mundo donde una sociedad humana viviera sobre la cara interior de una inmensa burbuja de aire encajada dentro de un espacio mayor, desconocido, de roca, de cristal o de alguna quintaesencia incognoscible. En el centro de la burbuja iba a flotar un pequeño sol y unos cuerpos oscuros, como lunas o cortinas metálicas, que se encargarían de crear una alternancia entre luz y sombra. A diferencia de obras de la ciencia ficción «dura» como el clásico *Mundo Anillo* (donde se emplea un recurso similar) este mundo no estaría en nuestro universo real o posible. No existiría la gravedad; una fuerza repulsiva que emanaría del sol central sería la encargada de empujar a la gente y los objetos contra el suelo cóncavo del mundo. Habría sumideros, ocultos en la trama física del mundo en lugares singulares, por donde escaparía el calor, para evitar que la burbuja-universo tendiera a una temperatura infinita. En realidad, más allá de esos dispositivos destinados a tranquilizar mi conciencia, el mundo que imaginaba funcionaría a base de voluntarismo, buena pinta y, con suerte, suficiente trajín para distraer al lector y que este no tuviera tiempo para pararse a pensar en las inconsistencias.

El clímax del relato iba a ser la transformación, por obra de alguna maniobra metafísica o alquímica realizada en un lugar específico, del mundo burbuja en un mundo como el nuestro: un volverse de adentro hacia afuera, una transformación de coordenadas, una liberación física aterradora donde el espacio interior pasara a ser exterior y los tranquilos habitantes de la burbuja se encontrarán de pronto enfrentados a la fragilidad de su tenue atmósfera en competencia con la negrura del espacio. El pase mágico o invocación o lo que fuere iba a tener que realizarse en lo alto de cierta montaña, quizá, o lanzando un objeto de determinado tipo directamente al sol, tras un fabuloso viaje aéreo a la manera de los narrados por Luciano de Samósata o Cyrano de Bergerac.

Nada quedó de todo eso. Fui —soy— incapaz de escribir algo así en forma de cuento fantástico. Quizá deba dedicarme a describir escenarios que no puedo escribir.

Más cerca en el tiempo, la idea del mundo que cambia metafísicamente me volvió a picar las neuronas, y escribí un poemita donde el cambio iba en la dirección contraria, hacia la seguridad, la tradición, el refugio de un mundo cerrado en sí mismo y cuya alma abstracta nos sonrío. Creo que fue —no estoy seguro, pero creo que fue— poco después de revisar algunas partes de la *Divina Comedia*, aunque el triste auge de la astrología en esos días debe haber influido. Decía así:

A veces el orden del mundo
se vuelve como una media y
afuera es adentro y las coordenadas
intercambian sus ejes y el sol
gira alrededor de una Tierra central y antigua
y sueño
(es solo un sueño)
que las estrellas fijas,
clavadas lentejuelas en su esfera,
fríamente nos miran y
con los errantes dioses forman figuras
que dicen que importamos,
que sus diseños o designios adivinados
son un boceto de un destino
para nosotros.

Nunca creí en el destino y mucho menos en su adivinación. Por eso la voz del poema no es mi voz, o no lo es del todo: lo que sueña y cuenta es una nostalgia de algo que jamás sucedió.

Instrucciones para volver a una casa con jardín

Cecilia Reviglio

Con las últimas fuerzas del día, llegá a tu casa. Andá con la llave directo a la cerradura. No dudes. Te esperan el descanso y el silencio. El sosiego. Detenete un momento en el patio. De seguro algo ha cambiado ahí desde la mañana cuando te fuiste. Es verdad, estás cansada. Querés desensillar, como te gusta decir. Pero vamos, no te lo pierdas. Es un momento, nada más. Un momento más para ese jardín al que le dedicás tanto tiempo. Después te va a dar más fiaca volver al patiecito. Echale una mirada a tus plantas. Algunas deben de tener alguna hoja amarilla. Los malvones, por ejemplo, esos que resististe tanto y ahora rodean y perfuman y colorean todo el contorno del patio. Alguna otra, tal vez, esté sedienta. La hortensia siempre quiere agua. Y el clerodendro. Y los tacos de reina. Echá una mirada en panorámica. No lleva tanto tiempo en un jardín tan chiquito.

Descubrí que, finalmente, el jazmín floreció. Pensá en tu abuela, en eso que escribiste alguna vez. Eso de que ella fue tu primer jardín. Acercate un poco. Despacio. Sí, despacio. Hace mucho que no hay jazmines en tu jardín. Intuí la fragancia lentamente. Disfrutala. Morosa. Retrasadamente. No te apures. Hundí la nariz en ese universo blanco, firme, embriagador. Pensá en aquel jazmín que una vez regalaste. Pensá en el día en que ese jazmín floreció. Pensá en esos jazmines que te fueron, a su vez, regalados. Recordá las noches de verano de tu infancia. El patio. El naranjo. Ese perfume llenándolo todo. Todo el aire. Todo el cuerpo. Todo el tiempo y los tiempos. El perfume hecho recuerdo. Quedate ahí un instante fugaz. Eterno. Cerrá los ojos. Aspirá profundo. Tal vez una lágrima te recorra la mejilla y llegue a la comisura de los labios. No la

rechaces. Sentila. Anidala. Gustá su sabor salado. Paladeá. Que se derrita en la lengua. Levantá la vista. Acaba de salir una estrella. Sonreí.

Estás cansada. Todavía resuenan las voces que te aturdieron durante el día. Callalas. Llenate del azul del cielo. Teñite la mirada del brillo de esa estrella. Respirá profundo. Abandonate. Nada malo va a pasarte acá. No tenés que estar alerta. No hay nada ni nadie a quien velar. Podés bajar la guardia. Descansá. Llegaste a tu jardín. Llegaste a casa.

La cata

Mariana Montenegro

Era una noche cálida de octubre, de esas que no hace ni frío ni calor. El río Paraná y la luna plateada conformaban el trasfondo perfecto en el cual se dispusieron las mesas alrededor de la pileta de la casa elegida para el evento. Las velitas flotantes brillaban en el agua, los puffs estaban casualmente acomodados y las guirnaldas de luces encendidas cruzaban el parque, cuyo césped estaba cuidadosamente cortado.

Susana, dueña absoluta de la vinería que organizaba la degustación, desplazaba su silueta de más de cinco décadas haciendo equilibrio en sus altas plataformas, paseando su coquetería y vigilando que todo estuviese en perfecto orden. Largas semanas de preparativos se condensarían en los próximos minutos. Todo estaba meticulosamente calculado y planeado, nada podía fallar.

Juan, famoso y experimentado sommelier enviado por la bodega auspiciante, estacionó y bajó de su auto, valuado aproximadamente igual que la casa (eso si también se incluía a los moradores adentro). Apuesto, alto, moreno, treintañero. Tenía ese aire de superioridad propio de los empresarios de La Capital, llevaba zapatos brillosos puntiagudos y olía a perfume importado y a salón vip. Hablaba remarcando las “eses”, en contraposición a la gente del interior, que preferimos obviarlas para acortar tiempos de conversación.

Tras las presentaciones correspondientes, Susana y los mozos comenzaron a moverse más rápido, sintiéndose vigilados por encima del hombro. El experto recorrió a largas zancadas el parque, señalando aquí y allá y dando escuetas pero certeras directivas: ordenó cambiar la posición de las copas, modificar la temperatura del vino tinto, y se mostró expresamente en desacuerdo con servir comida junto a las bebidas (al

parecer, los sentidos sufrían una suerte de embotamiento que impedían percibir las notas frutales si se los mezclaba con jamón y bondiola).

Susana, presa de un inequívoco sentimiento de inferioridad, comenzó a hiperventilar al tiempo que intercambiaba miradas nerviosas con los mozos, reía nerviosamente e intentaba seguir al pie de la letra las órdenes del distinguido personaje. De repente, deseaba fervientemente no estar ahí, que se abriese la tierra y se la tragara, o ser abducida por extraterrestres, lo que sucediera primero. Cualquier cosa que la sacara de ese atolladero. Al fin, para quebrar ese inicial incómodo momento de tensión, comenzaron a llegar los invitados. Estos, por su parte, tenían más ganas de lanzarse a las bandejas de jamón y bondiola, que entregarse a la percepción de los colores y las notas de frutos rojos. Por el momento solo se los convidó con una copa de sabroso aperitivo espumante.

Luego de un preludeo en donde se iniciaron los saludos y conversaciones de rigor, a los convidados se les indicó sentarse azorosamente en las mesas predispuestas y munidas de copas vacías. Juan anunció rimbombante que la cata iniciaría con espumantes blancos y comenzó a dar cátedra de sus vastos conocimientos en la materia. El desfile de mozos empezó; los agasajados degustaban las burbujas que estallaban en el paladar junto al fresco sabor de las uvas, mientras se desasnaban sobre las características de la mundialmente famosa región francesa de Champagne.

Una copa del primero, otra del segundo, otra para el último... Los más atrevidos consultaron si se podía repetir toda la ronda para sentir bien la diferencia. El sommelier, sorprendido, les indicó entonces la táctica de exhalar aire por la nariz al tiempo que se mantenía la bebida en el paladar, con el objetivo de apreciar toda la gama de sabores y aromas. Lo hicieron según lo indicado, y cuando el gas ascendió por la nariz, la aparentemente

fácil maniobra arrancó unas cuantas risas hilarantes. Algunos incluso reclamaron una tercera ronda. El gesto adusto de Juan se iba cerrando en una mueca cada vez más grave. Susana observaba preocupada toda la escena desde un rincón.

Con el correr de los minutos, a medida que las copas se vaciaban con más rapidez de las que se llenaban y el murmullo y las risotadas solapadas iban in crescendo, Juan se esforzaba por levantar cada vez más el tono al son de las magistrales explicaciones, mientras se paseaba nervioso al costado de la piletta.

Del champagne se prosiguió a la cata de los vinos tintos. Tras la interrupción de un invitado ya confuso y medio beodo que indagó sobre si servirían chinchulines asados, los mozos iniciaron (al fin) la recorrida munidos de las rebosantes bandejas de bocaditos y brusquetas. Los mini sándwiches de bondiola fueron recibidos por los comensales con tanta o más alegría que el Don Perignon precedente. Siendo cerca de las 22, los invitados se abalanzaban vorazmente acaparando canapés, ante la estupefacta y asqueada mirada del sommelier. Una señora emperifollada no dudó en volcar todo el contenido de una bandeja adentro de su cartera. Susana observaba la escena desde un rincón boquiabierta como un espectador ausente, retorciéndose las manos y sin herramientas para intervenir en la tragicomedia que se estaba desarrollando. Ante su desconcierto, el curso de los acontecimientos no estaba fluyendo según lo planeado.

Juan, ya desbordado, continuaba su ida y vuelta nerviosamente por el borde de la piscina, intentando infructuosamente llamar la atención y retomar la explicación sobre las bondades del malbec mendocino, por sobre las charlas superfluas y risotadas estridentes de los presentes. Las señoras lanzaban preguntas con la boca llena que se le antojaban

intelectuales e interesantes, escupiendo migas y blandiendo al aire las copas. El orador dirigía miradas incriminatorias a Susana, tratando de responder civilizadamente las absurdas y burdas dudas de los presentes. El sumun de momentos álgidos de la noche ocurrió cuando un mozo distraído descuidó la temperatura del Cabernet Sauvignon, y este hubo de servirse semi-congelado. Juan, rojo de ira, indicó calentar las copas entre las manos para reducir el impacto al paladar de semejante desatino. A esta altura de la velada, a los invitados poco les importaba consumir el tinto número cinco en formato iceberg. Cuando llegó el turno del whisky de las “Highlands” escocesas, los agasajados francamente ya no hubiesen sido capaces de distinguir el licor más fino de un vaso de kerosene. La noche se había convertido en un auténtico desmadre.

La cima de la beodez llegó cuando, rompiendo todo protocolo y normas de etiqueta, las corbatas oficiaron de vinchas, al tiempo que se formaba un tren humano al costado de la pileta y se activaba el karaoke. Juan salió eyectado hacia su auto, profiriendo improperios a diestra y siniestra.

En el patio comenzó el baile arriba de las mesas, al tiempo que algunos invitados descolgaban las guirnaldas de luces y las utilizaban como lianas para columpiarse semidesnudos de norte a sur por el terreno. Afuera, el sommelier y Susana se lanzaron a una acalorada discusión cargada de insultos y reproches. En la álgida confusión, los gritos y la histeria dieron lugar a manotazos y besos. El auto de ocho cifras ofició de templo del desenfreno y la pasión. Adentro en la fiesta se activaron las matracas, afuera un revoltijo incendiado de brazos y piernas sudadas accionó la marcha atrás de la caja automática. Adentro las cornetas sonaban, afuera la barranca y la ley de gravedad hicieron su parte.

La algarabía del patio ahogó los gritos desesperados de afuera

La prima de Alcorta

Gabriela Nesossi

Todos los domingos, la abuela Irma nos invitaba a comer a mamá (que es su hija), a papá, y desde hacía unos meses, compartíamos el almuerzo con la prima Milagros, o Milagritos, como la abuela le decía y le dice, porque se había venido a estudiar a Rosario. Milagritos es mi prima, hija del hermano de mamá, que quedó viudo muy joven, cuando su esposa chocó en la ruta, justamente viniendo para Rosario. Milagritos tenía 9 años cuando pasó todo eso, y ahora estaba por cumplir 19. A mí me impresionaba pensar que yo justo tenía esa edad en que Milagritos perdió a su madre. Como hacía tres años que mi tío se había vuelto a casar con Lidia, una mujer mucho más joven, y parecía que ella no se llevaba bien con la nueva esposa, Milagritos vio la oportunidad de venirse a Rosario a vivir con la abuela Irma y con el pretexto de estudiar, porque mi mamá me decía que no estudiaba nada, que no había aprobado ni un parcial –supongo que serán pruebas o algo así–, y que más de una vez la había visto por la peatonal Córdoba o en el cine, muy pintada y con una ropa que a ella no le parecía adecuada. «Si la viera mi hermano...», le decía a mi papá, sin importarle que yo escuchara.

La verdad es que a mí me molestaba un poco que ella tuviera que estar cada vez que yo iba a ver a la abuela. Pero ella no me caía mal y, por lo menos cuando estaba en lo de la abuela, estaba vestida como otras chicas que veía por ahí. Mi mamá decía que era una cosa que hacía para que mi tío no se enterara de sus «andanzas». Yo no sabía, podía ser. Me daba pena que no tuviera a su mamá, y conmigo era buena. Una vez me ayudó a pintar una maqueta que tenía que entregar para una feria de ciencias, porque yo ya no llegaba. Y charlamos bastante, mientras. Yo estaba más

contenta porque eso demostraba que era buena, que mi mamá no tenía razón. Casi terminábamos, cuando se le derramó la pintura y se arruinó una parte de la maqueta. Mi papá tuvo que hacer esa parte de nuevo y pintarla durante la noche. Mi mamá decía que Milagritos lo había hecho a propósito. Y como él se callaba, parecía que estaba de acuerdo... o tal vez que no, cómo saberlo. Cómo entender cuando los adultos hablan con susurros.

Yo no dudaba de que no hubiera sido a propósito, pero me costaba mucho esa doble idea que había de ella... mi abuela que la adoraba, mi mamá que la detestaba, mi papá que no opinaba, y yo que no sabía qué pensar. Y parecía que no podía hablar sobre lo que yo misma pensaba, no había mucho lugar para eso, y era incómodo que Milagritos me tratara bien y yo guardara en secreto esos comentarios venenosos de mi mamá. Y mis celos por no poder estar con mi abuela todo el día como ella... y sin ella. Y porque la abuela le cocinaba lo que más le gustaba, la dejaba invitar a sus amigas a dormir, y miraban telenovelas. Tal vez, mi mamá sintiera celos por la misma razón, por no poder estar con la abuela a solas.

Un día, Milagritos me llevó hasta la plaza que está a seis cuadras de lo de mi abuela y me dijo que iba a contarme un secreto. Lo que me faltaba, yo ya tenía que manejarlos con los secretos de los comentarios contra ella, ahora iba a tener que cuidar de los de ella también. Y me dijo así, sin más, que la esposa de su papá estaba tratando de envenenarlos a todos de a poco con no sé qué que le metía a la comida, que había tratado de matarla, y que ella no podía decir nada porque tenía miedo de que la mandara a buscar en Rosario y la asesinara. Y que ella había venido a Rosario porque pensaba que Lidia sería feliz con su padre a solas, que tal vez tuvieran un hijo, y entonces, lo pensaría dos veces y no lo mataría.

Parecía que hablaba muy en serio, y me asustó de tal manera... ¿Y si yo contaba todo y evitaba que asesinaran al tío? ¿Y si lo contaba y se sabía todo y la madrastra malvada la mandaba a matar? Era el peor de los secretos, porque yo sentía que tenía que haber una solución, pero no se me ocurría nada si no podía hablar con nadie. Para colmo, el fin de semana siguiente vinieron a Rosario y la «tía nueva» trajo una torta casera. Yo ni loca quise probarla... pensaba que, por ser mucho más pequeña que todos, era más probable que muriera. Fueron los dos días más largos de mi vida (está bien que ahora tengo

10 años, pero es cierto...). Cuando me raspé la rodilla porque me caí mientras andaba en los patines, la tía Lidia quiso ayudarme, y yo ni dejé que me tocara. Fue todo muy difícil, porque todos ocultábamos algún secreto, por lo visto, menos mi abuela, quien tal vez estaba también en riesgo. Por otro lado, mi abuela estaba encantada con Lidia casi como lo había estado con la esposa anterior de mi tío, de quien se dice que era una persona amorosa y muy querida por todos. No como mi mamá, de la que no se dice nada bueno ni malo.

Unos meses después, Milagritos abandonó los estudios, sin haber aprobado nada, y se volvió a Alcorta. Yo no podía dormir casi, por callar ese terrible secreto. Pensaba que si me lo había contado, esperaba que yo hiciera algo para ayudarla. Noches sin dormir tramando planes para conservar el secreto y acabar con el peligro. Llegó diciembre, y vino toda la familia a pasar la Navidad. Pensaba hablar con ella para planear alguna solución. Me pidió que la acompañara a comprar regalos. Entendí que era la oportunidad que había inventado para darme una misión. El padre le dio dinero y nos fuimos al centro.

Yo casi empezaba a plantearle la cosa, cuando vi que elegía para su madrastra una blusa hermosa, con bordados de colores, que tenía como

pedrecitas celestes, una cosa lindísima. Y costaba mucho dinero. Le pregunté por qué elegía y gastaba tanto en una persona tan mala y peligrosa:

–No me digas que te creíste las tonterías que te dije aquella tarde, ¿no ves que sos tonta, mocosa? –respondió, dándome un empujoncito, y agregó:

–¡Lidia es divina! Y quién te dice que pronto no tengamos un bebé en la familia.

Me sentí aliviada, pero estafada. Hubiera querido, en ese momento, darle una patada y salir corriendo, pero no sabía volver a casa sola. Creo que no pude hablar más durante toda la tarde, ni en la cena de Nochebuena, ni al otro día. Ni los regalos me interesaban. Apenas mi mamá quiso hacer un comentario sobre ella, le conté. Se puso azul de rabia. Me preguntó si yo quería que ella hiciera algo, que hablara con su hermano, con la abuela, con Lidia...

–Sí –le dije, llorando un poco. –Quiero que hagas algo, que todos hagan algo: hablen, callen, hagan lo que quieran. Yo no guardo más secretos.

Ese verano, la abuela estaba triste, porque Milagritos ya no estaba y ella pasaba mucho tiempo sola. Mi madre, antes enojada porque mi prima se había instalado en lo de la abuela, ahora estaba furiosa porque la había abandonado. Mi padre persiste en un silencio que no sé interpretar. Milagritos vino muy poco, porque trabajaba en una farmacia de una amiga de Lidia y estaba de novia con un chico de allá. Mi tía quedó embarazada, como estaba previsto. Yo duermo muy bien. No guardo más secretos.

Algo camina en tus paredes

Ariela Nicoli

Ya desde hace días mis dolencias sentimentales me obligan a anclarme en mi cuarto a delirar escenarios en mi cabeza. A mis allegados los consuelo con que simplemente “me he tumbado a pensar”, pero la realidad es que mi mente maquina constantemente pensamientos vagos y distantes con el esfuerzo que haría una hormiga para empujar un tren —o como haría un ser querido para sacarme de aquí—. Me gusta creer que llego a conclusiones que me servirán cuando tenga el valor para levantarme de esta cama; pero, sinceramente, solo danzo alrededor de la idea de desvanecerme de este mundo. Grito en silencio, me desgarró la garganta pidiendo ayuda al vacío. Otra vez se volvieron las diez de la noche en un suspiro, otra vez me veo sumergido en las tinieblas.

Mis aullidos ahogados de dolor hacen que la oscuridad despierte sus formas nocturnas, esas siluetas andantes que mutan constantemente en mis peores pesadillas. Hay una a mis pies en estos momentos, tragando poco a poco el marco de la puerta y unos abrigos que tengo colgados en la pared. Es ambiciosa, camina lento, pero con seguridad. A estas alturas solo me detengo a observarlas, intentar mediar palabra sería desear ser tan ambicioso como ellas. Antes de siquiera darme cuenta, varias ya están adornando mi lugar con sus bailes erráticos, devorando todo a su paso. En algún momento me volví un simple espectador que solo espera silenciosamente a que termine el espectáculo diario.

Luego de un rato, puedo empezar a divisar caras en esas sombras. Son rostros desconocidos que se ven extremadamente familiares. Son rostros de gente que no existe, deformaciones cínicas de facciones amigables mutadas a algo terrorífico e inquietante. Y me observan, me recorren con

sus ojos vacíos pero atentos. Me hacen sentir desnudo a niveles desconocidos: como si pudieran ver mis vísceras; como si sus ojos estuvieran acariciando mis órganos cálidos mientras se mueven y laten, mientras funcionan. La verdad es que, en cierto punto, he llegado a considerarme una máquina: con mi vida monótona y sin sentido, con mis interiores trabajando como pueden. Tal vez estas siluetas estén más vivas que yo.

Mientras pienso, sigo observando, sin mover un solo músculo de mi cuerpo. Todavía no entiendo si es por voluntad propia o porque, simplemente, no puedo. Van pasando los minutos y las formas nocturnas lentamente dejan de bailar, ahora se limitan a caminar por las paredes. Con sus ojos filosos fijos en mí, caminan y se acercan. Se acercan. Se acercan.

Ella

Silvia Rivero

Ella esperó su invitación a entrar, de espaldas al caos furioso de la ciudad. Él trató de disimular la ansiedad detrás de una energía que nunca lo caracterizaba.

Ahora erguida, en el centro de la habitación, recorrió el espacio con curiosidad fotográfica, queriendo encontrar algún detalle que la arrobara, no pudiendo ocultar la decepción (¿repentina angustia?) en su mirada.

A mí no me vio. Solo vio las cosas, los múltiples objetos apilados, la sombra aferrada a los rincones, el estilo ecléctico, la opresiva antigüedad del monoambiente.

Yo supe que ella dudaba entre el horror de la soledad del otro y la propia. Me crucé en su camino, solo para aumentar su vacío. Ella me vio. “Ya se va”, me dije. “Ya se va”.

Pero se quedó. Toda la noche. Yo los vi. De lejos, en sus movimientos torpes y sudorosos. Los olí furiosa. Yo los oí. Los maullidos de ella; el jadeo incrédulo de él. Luego, el desmayo súbito. Y -casi sin transición- el nerviosismo de la rutina aún no construida. Irse... quedarse... hasta cuándo? Escenas repetidas desde siempre por distintas mujeres frente a la mirada constante de él, interrogativa, inquieta, anticipadamente derrotada.

Se quedó. Toda la noche. Entre el ahogo y el cansancio, se quedó.

Él sintió el temor de ella -su deseo de escapar-, y creyó que era rechazo. Su indecisión y fragilidad, y creyó que era una trampa. Entonces sintió la urgencia de comenzar a construir su muro desesperado, su torre invulnerable.

Siguió viniendo. Yo la presentía cuando su baño tardaba más de lo habitual, cuando un perfume masculino tenaz hacía insoportable el ambiente. cuando fumaba con un leve temblor en sus manos y miraba el reloj frustrado.

Desde un rincón, en perspectiva, asistía al ritual y al desenfreno animal. Yo deambulaba, sofocada, aturdida y resiliente, entre las paredes del departamento. Era ese el momento en que él dejaba de acariciarme y acariciaba a otra ante mis ojos de pretendida indiferencia. Su cuerpo ya no se estremecía con el contacto de mi piel. Renunciaba a sentir mis caricias entre sus piernas.

Yo aguardaba. Y sonreía ante la desazón posterior de ella por su espalda infranqueable. Caminaba, entonces, firme, sobre la cama e insistía en sentir el temblor de su cuerpo tan femenino. Me acostaba entre los dos sin sutileza, decidida y desplegada. Ella se inmovilizaba. Pero no se atrevía a decir nada. Se cubría con las sábanas para no verme, para creer que los dos estaban solos, que él estaba con ella. Yo la amenazaba, la retaba, le marcaba fronteras. Ella, secretamente, me temía. Sabía que, de haber podido, la habría asesinado.

Por el contrario, él me demandaba. Me acariciaba con sus manos sexuales, persistentes, que se aferraban así a su cotidianeidad y a su territorio.

Ella se iba. Pero volvía. Persistente. Aunque a él ya no parecía importarle demasiado. Vacío de ansiedad, la recibía con un gesto habitual, que ella captaba inquieta sin resignarse. Ella, ahora solo una excusa, un momento. Él la buscaba, para luego escapar y volver a mí. Era yo quien, indefectiblemente, se quedaba con él, con sus cosas, la tiniebla y la asfixia. Todas las noches, en su cama. Todas las noches, entre sus

piernas, esperando sus gestos, sus cuidados, su arrepentimiento. Yo me dejaba sentir.

Cuando las Torres, las cosas y el silencio se apilaron también afuera, fue por mí por quien se estremeció. Recibió la llamada de ella como un trámite cortés.

Ella, entonces, ya no regresó. Ni siquiera quedaba el abandono. La esperó, a veces. Yo también, debo admitir. Fumó más, no se bañó por unos días, estuvo más reconcentrado. Se revolvió en la cama, solitario y acalorado. Ansió mi suavidad e incondicionalidad. Hundió con mayor vehemencia sus dedos deseantes en mi cuerpo. Me apretó con firmeza. Me reclamó. Aislado. Vulnerado. Refugiado. Mío.

Ficción mítica

Vicente Ducasse

Este juego tautológico que poco dice, pero mucho encierra, fue encontrado en un pergamino (sin firma) en un obispado del siglo XVII, bello siglo para vivir (o morir en la horca). Otro pensador diría muchas sandeces bien elogiadas, al respecto; en el futuro será más relevante nuestro punto de vista.

Movió sus labios sin emitir fonema, aun así creí escuchar un murmullo parecido al viento en invierno agitando los árboles desnudos. Decía como sentencia al tiempo que se grababa en una piedra laja: “¿Soy la manzana? ¡No! Soy el sonido del fruto prohibido cayendo sin que nadie lo oiga, preexisto a la caprichosa lógica, aun negándome apareceré a tus espaldas”.

Cuando pregunté su nombre sacó un papel del ajado bolsillo de su saco, decía

justamente sobre la cáscara de un ajo, en letra apenas legible: “NOUMENO” y se deshizo en sus manos cayendo como nieve o caspa.

Desde el otro lado de las galerías circulares del convento, se asomó al patio central el mago arlequín vagabundo, dijo: “¡Trueno!” y retumbó la tierra. Temblé a su tiempo como parte de ella.

No es extraño pensar en las coincidencias cuando un animal fálico se escabulle

entre las gramíneas, indiferente ante la magnitud del asunto. El mago sonrió diabólico y dijo: “No te distraigas en fenómenos. Soy tú mismo elevado a la enésima potencia; recuerda las gotas de la Fuente, una a una la conforman. Me llamo Mímesis, ese es mi nombre. Esa curvatura en el

espacio es regalo de Dios, es decir de...” y rio estruendosamente. ¡Ja! Rebotó su eco en las montañas y las vacas corrieron en estampida ante el terror que les produjo el crujir de una gran puerta, sumado a su estupidez sagrada; dos hojas de madera rechinaron anunciando el paso del tiempo.

La Fuente se secó de manera abrupta y tomó todas las características de una vulgar rejilla. El arlequín hizo una acrobacia y se le descosió el pantalón, lo cual fue desvaneciendo sus encantos y embelesos.

El mimo permanecía, en cambio, intacto e inalterable, idéntico a sí mismo. Le grité: “¡Número! ¡No te vayas!” Y él lloró con los labios convexos. Puso las manos contra un vidrio blindado. Yo puse las mías del otro lado, como en espejo, y pude intuir y deducir su pensamiento. (Nuestro amor era una forma arcaica de la telepatía). Mirando a la fuente seca escuché en el interior de mi cabeza una voz que me recomendaba como un padre a un hijo: “no tomes la moneda, ¡no la mires!, no trae suerte, su resplandor metálico no es un astro, es la semilla del mal hecha carne mineral; arrastra un error en su principio”. “¡Inecuación multifactorial!”, gritó un hombre de pelo canoso rizado, desde una bicicleta al pasar a toda velocidad. Su ridiculez nos desconcertó y nos extrajo una sonrisa.

El mimo comenzó a desnudarse burlando mis predicciones: era una mujer, por cierto hermosa. Yo me disfracé de ella e hicimos el amor sin problemas a través del vidrio. No hubo penetración, solo una luz entró, tostaba nuestras pieles, carcaza última. “¡Oh abstruso dimorfismo!”, exclamé al viento (hecho número en movimiento, sobre un tronco tallado por las hormigas silbaba), y los dos reímos.

De pronto hízose la noche y la luna pasó a toda velocidad hasta enterrarse en el mar –como un fuego de artificio–. El sucesor, voyeur del santo espíritu, mago arlequín mirón, tomó la moneda y la tiró al aire (cara

o cruz: vida o muerte). Un nuevo faro se divisó sobre los árboles disecados. Gritó furioso, iracundo, colérico: “¡Soy tú mismo! ¡Sinónimo!”. Fue lo último que dijo antes de arder para luego enfriarse. Era la última noche de la tierra, al menos tal cual la conocemos.

De repente, la Fuente, como por arte de magia empezó a manar nuevamente; sostenía la carga de todo el peso de la eternidad, que bien se sabe lo determinó estimativamente un matemático persa con un pie en su hoguera –como era de esperarse terminó bastante mal, como cualquier mortal–. De suma belleza y maldad, salpicaba los contornos universales, alimentada por sus propias lágrimas. Un anciano senil que pasaba desapercibido dijo, pedagógicamente a la nada, su eureka: “Y esa es la causa primera”. Me acerqué y vi mi reflejo en el agua: tenía una máscara y nunca nadie me lo había dicho. Y el arlequín se engrandeció hasta ser gigantesco, o más específicamente se convirtió en el concepto/idea de Absoluto. Un gigante amigable de pies dormidos y nosotros dentro de su panza. Dionisiaco deglutir, la conciencia del acto: una parte más. Sobre la tierra se posó la sombra de un águila. Se deformaba y ondulaba al son del relieve, volaba con la distinguida elegancia y donaire de una insignia patria (verde, gris y amarilla). Tenía el cuerpo y las alas desplegadas del ave de rapiña pero, al levantar la vista, su cabeza era el busto metálico de un prócer del que desconozco su nombre. A la distancia parecía ir mutando los rasgos de esa tosca armadura caleidoscópicamente. Un militar de bajo rango –payaso sobrio de mal gusto– contemplaba la escena como estatua, algunos creyeron que era una grosera imitación de un árbol seco por su comportamiento, su bufonada era molto aburrida y opacada por la belleza fértil del mandarino engendrado.

Índice

Prólogo	1
POESÍA	3
La muerte selló mi andar de Victoria Peyronel	5
Chica material de Andrea Ocampo	6
Ausente de Andrea Ocampo	7
Consumo del Ser de Jorge Claudio De Zorzi Melo	8
Arañas de María Cecilia Micetich	9
Cromado brillante: nace el sonido en su plenitud de María Cecilia Micetich	10
Música de Cámara de María Cecilia Micetich	11
Estoy despierta de Antonela Sabella	12
No hay que pensar en el final de Antonela Sabella	13
Voces del olvido de Ana Dragone	15
Migajas de tiempo de Carolina Cortelezzi	16
Desencanto de Ángela Pérez	17
Desmemoria de Ángela Pérez	18
Advertencia de Ángela Pérez	19
¿Quién eres? de Irina Caretta	20
No puedo, ni quiero olvidarte de Irina Caretta	21
Una parte de mí de Sofía Cavalanti	22
La mujer de la tierra junto con otras de Lorena Morales	23
Sin título de Lorena Morales	25
Camino o destino de María de Luján Aleman	26
En memoria de Rojo de Celina Suligoy	27
La mirada de Celina Suligoy	29
132 vidas de Victoria Peyronel	30

NARRATIVA	31
El llanto de un bebé recién nacido de Agostina Alonso	33
Un destino escrito en las estrellas de Pablo Flores	37
Instrucciones para volver a una casa con jardín de Cecilia Reviglio	39
La cata de Mariana Montenegro	41
La prima de Alcorta de Gabriela Nesossi	45
Algo camina en tus paredes de Ariela Nicoli	49
Ella de Silvia Rivero	51
Ficción mítica de Vicente Ducasse	55